

Shali es la capital de Siwa, el oasis más septentrional del desierto Líbico.



Albert Olmeda

## EGIPTOLOGÍA

### Tesoros en la ruta de los oasis

Los oasis del desierto Líbico, únicas concesiones a la vida en este inmenso mar de arena, conservan un legado arqueológico e histórico poco conocido.

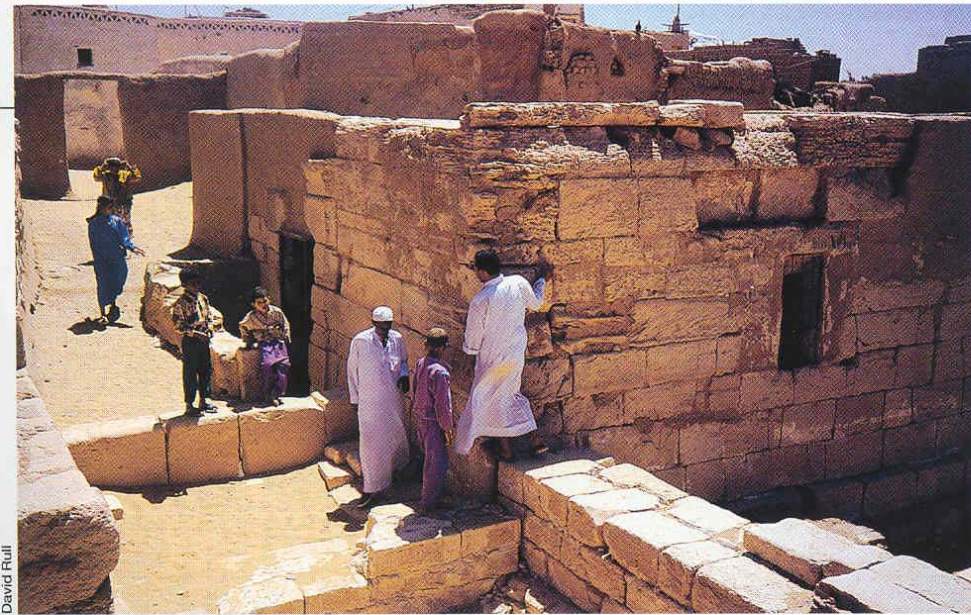
Los antiguos egipcios llamaban al desierto “tierra roja”, el dominio del dios Set relacionado con el caos y la muerte. Esa imagen terrible y hostil se perpetuó hasta el siglo XIX, cuando los primeros exploradores modernos se adentraron en sus temidas arenas en busca de rutas perdidas, el mítico oasis de Zarzura, las huellas de Alejandro Magno, la armada perdida de Cambises o, únicamente, ávidos por explorar la simple y silenciosa belleza del

Sáhara. Hoy, el desierto Líbico es visitado por diversos equipos de investigadores que están sacando a la luz importantes hallazgos arqueológicos como la necrópolis grecorromana de Bawiti, en Bahariya, o los restos neolíticos en los *uadis* (ríos estacionales) del Gilf Kebir (GEO nº 170).

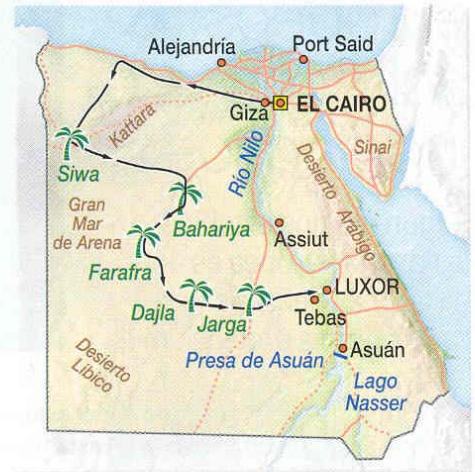
A pesar de su imagen hostil, pues, el desierto guarda celosamente entre arena y rocas cinco grandes oasis que Herodoto llamó “islas de la bendición”. La ruta puede comen-

zar en cualquier lugar elevado del oasis de Siwa, para avistar en el horizonte el contraste entre las amenazantes dunas del gran mar de arena y las aguas del lago Birket Siwa. Aquí se halla la necrópolis de Yébel el-Mauta, con tumbas desde la dinastía XXVI hasta la época romana. En la capital, Shali, se encuentran los restos de una de las mayores fortalezas de adobe del desierto, y en el pueblo abandonado de el-Aghurmi, el mítico Templo del oráculo de Amón.

En Bahariya se está excavando una enorme necrópolis grecorromana desde 1999. Sus habitantes, sencillos y hospitalarios, trabajan en vergeles regados por

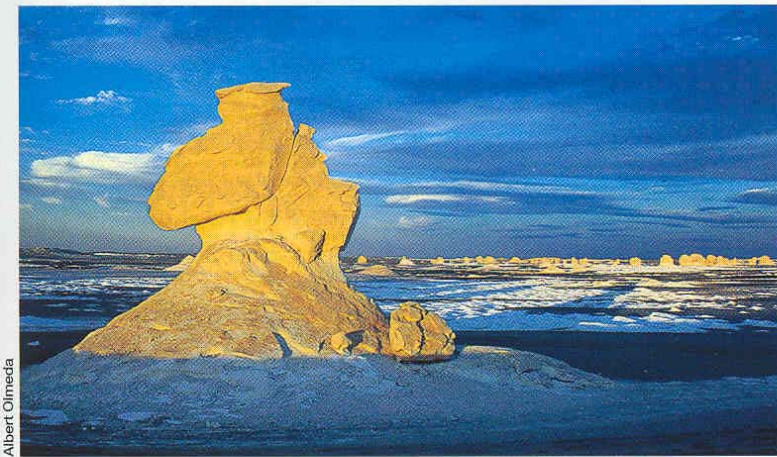


A la izquierda, tumbas de Bashandi, en Dajla. Como se aprecia en el mapa, los oasis del desierto Líbico trazan la frontera entre Egipto y Libia.



Oasis Ruta

José Antonio Peñas



En el desierto Blanco o Sáhara Beda (cerca de Farafra), las caprichosas formaciones rocosas conforman un paisaje mágico. Según los lugareños, están habitados por duendes malvados.

Albert Ormeida

aguas termales, presentes en todos los oasis.

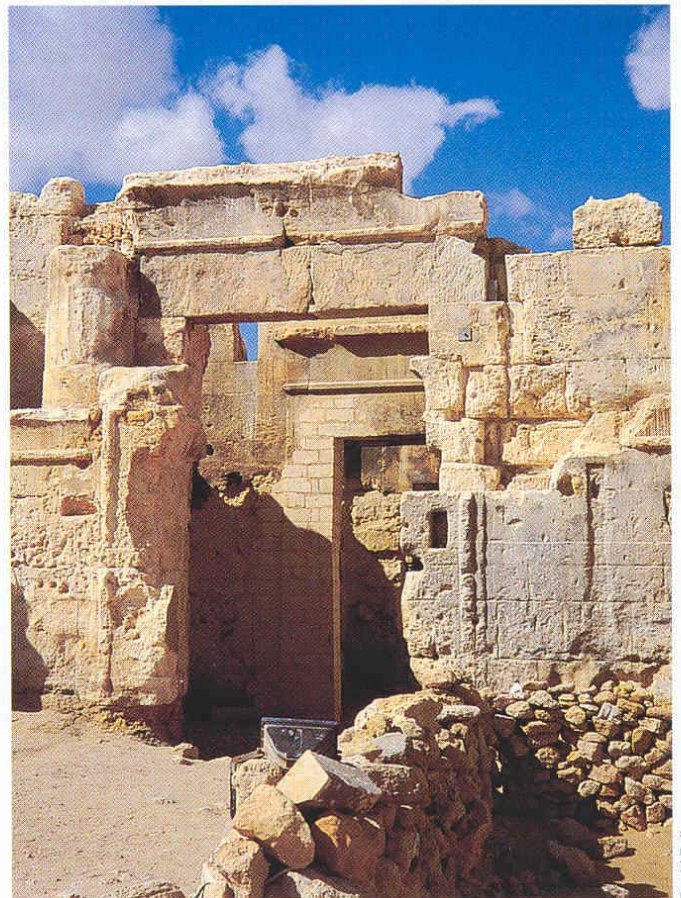
El hermetismo de las gentes de **Farafra** se corresponde con la mágica belleza del cercano Sáhara Beda o desierto Blanco. Se trata de un lugar casi irreal en el que el viento ha modelado caprichosas formas en la roca blanca.

Habitado desde la prehistoria, **Dajla** ofrece innumerables lugares de interés, como las mastabas de la necrópolis de Qila el-Dabba (VI dinastía), un *qasr* medieval, el templo de Deir el-Hagar, ejemplo de sincretismo religioso, y la necrópolis romana de Mussawaka. En **el-Qsar**, las callejuelas y las casas de adobe con dinteles de madera decorados

con versos del Corán crean una atmósfera fantástica.

El último de los oasis, el de **Jarga**, fue en la antigüedad un estratégico enclave de la Ruta de los Cuarenta Días, utilizada para el comercio de esclavos entre el Sudán y Egipto. Además de sus numerosas fortalezas romanas de adobe, despuntan el Templo de Hibis (XXVI dinastía) y la necrópolis cristiana de Bagawat, con un gran número de capillas decoradas con escenas bíblicas; en ellas también se observan las huellas de un pasado faraónico siempre presente.

*David Rull, viajero, profesor e investigador de Aula Ægyptiaca.*



Templo del oráculo de Amón en el-Aghurmi, en el oasis de Siwa.

David Rull